

GUADALUPE LOAEZA
VERÓNICA GONZÁLEZ LAPORTE

La
MARISCALA

Le teme a Dios y a nadie más.
MARIE LE-HARIVEL DE GONNEVILLE,
condesa de Mirabeau



I

FIN DE UN DESTINO

“¡Hermana, hermana, la Mariscala se está muriendo!”, gritaba Eugenia, enloquecida y bañada en lágrimas. Los corredores de la clínica se veían vacíos; ni una enfermera ni una religiosa ni un médico pasaban por allí. Aferrada a su rosario de cristal de roca bendecido por el papa Pío IX, Pepita de la Peña viuda de Bazaine se debatía entre la vida y la muerte. A pesar de que ya no sentía el terrible dolor que la había atormentado en los últimos meses debido a un cáncer en el útero, y a que para ese momento la morfina ya había surtido efecto, la moribunda de 53 años no tenía aliento ni para terminar su padrenuestro. “*Plus proche... plus proche*”, murmuraba, consciente del último acto de su vida. Nadie entendía a qué se refería, salvo Eugenia, que conocía perfectamente el significado de esa súplica. “Más cerca, más cerca”, insistía en francés la Mariscala. La habitación 12 de la Clínica Lavista estaba particularmente sombría. Aún permanecía cerrada la celosía de las ventanas. En el ambiente se percibía un ligero olor a cloroformo. Eran las ocho de la mañana del 6 de enero de 1900, el primer mes del siglo xx. María Josefa de las Angustias Bonifacia Brígida de la Peña y Azcárate viuda de Bazaine estaba muy enojada porque por primera vez tenía que someterse a una voluntad que no era la suya.

Los parientes más cercanos de la Mariscala se encontraban en el pasillo esperando el desenlace y hacían todo lo posible por tranquilizar a Eugenia, su hija. Estaba devastada. Sin darse cuenta empezó a comerse las uñas, hábito adquirido en la época en que su padre estuvo encarcelado en la isla de Santa Margarita. Acariciaba las gruesas perlas de su collar de ámbar, mismo que llevaba puesto la Mariscala la noche en que salvó a Bazaine. Se lo había obsequiado cuando ella tenía cinco años diciéndole que era de buena suerte.

Don Luis Ludert Rul, descendiente de los condes de la Valenciana, y primo de Pepita por la parte materna, intentaba hacer entrar en razón a su sobrina: “Tu madre ya ha sufrido demasiado, hija, déjala ir”.

Tenía razón don Luis. A lo largo de 36 años de matrimonio, Pepita había tenido que pagar muy caro el haberse casado el 26 de junio de 1865 con el mariscal Achille Bazaine, entonces el hombre más poderoso de México.

Con la única religiosa con la que se topó Eugenia en el corredor fue con la hermana Espíritu Santo. La tomó de la mano y ambas se precipitaron al cuarto de la Mariscala agonizante. Desesperada, se arrodilló a un costado de la cama y llorando le suplicó: “Por caridad de Dios, mamá, no te mueras. No me dejes sola. Te necesito”. Pepita ya no escuchó sus palabras. Su rostro exangüe no expresaba nada. Apretados en una sola línea, los labios que alguna vez fueron sensuales mostraban un rictus de dolor. Sus facciones delataban una larga agonía de diez días. Mantenía el ceño fruncido. Sentía que le había faltado tiempo para perdonar y perdonarse.

Aunque el desenlace era inminente, Eugenia tampoco lo aceptaba. Se negaba a soltar la mano de su madre. “No te vayas. ¿Qué voy a hacer sin ti? Me dejas muy sola. Me dejas con todos tus fantasmas y tus resentimientos”, balbuceaba entre sollozos, mientras dos religiosas intentaban apartarla de quien acababa de expirar. En ese momento entraron al cuarto don Luis y su hijo Federico. Ellos también se veían devastados después de haber velado a la enferma en las últimas noches. “Ya se murió”, exclamaba Eugenia, temblorosa y sacudida por espasmos. “Ya se nos fue para siempre”, sollozaba inconsolable, al mismo tiempo que abrazaba a su primo Federico. Los Ludert sabían que con la partida de la Mariscala se cerraba un capítulo fundamental de la historia de su familia y de México.

Esa misma tarde se publicó la esquela, tanto en los diarios de Francia como en los de México: “Hoy, a las 8:15 am, falleció en Tlalpan en el seno de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, la Excma. señora Mariscala, doña Josefa de la Peña de Bazaine. Sus hijos, doña Eugenia y don Alfonso, sus primos, sobrinos y demás parientes participan a usted con honda pena la fatal noticia y le ruegan se sirva elevar sus oraciones al Señor por el eterno descanso del alma de la finada. México, enero 6 de 1900. El duelo se recibe mañana a las 2:30 pm en Tlalpan, Casa de Salud del Sr. Doctor Rafael Lavista, o en la Plaza de la Constitución a las 4.00 PM Agencia Gayosso. Segunda del 5 de mayo, Primero, México”.

Federico Ludert Rul se encargó de levantar el acta de defunción de su tía y de organizar el traslado, por 20 pesos, del cuerpo al Panteón Francés. Asimismo, se ocupó del novenario. La Mariscala sería sepultada en la cripta familiar donde se hallaban los restos de su tío, Manuel Gómez Pedraza, quien fuera presidente de la República en 1832, y de su tía, Juliana Azcárate Vera de Villavicencio. Debido a que el expresidente había muerto sin confesarse por haber sido masón, fue enterrado en el cementerio de La Piedad en vez de ser inhumado en una iglesia, como solía hacerse en el siglo XIX, tratándose de personas ilustres.

Unas horas después de la muerte de la Mariscala, la hermana Espíritu Santo pidió a Eugenia que eligiera un atuendo para vestir a su madre antes de darle sepultura.

—¿Tiene que ser un vestido negro, madre? —preguntó Eugenia con un nudo en la garganta y acariciando su collar de ámbar.

—No hija. Te sugiero que elijas algo que a ella le gustaba, o bien que le recordaba un momento feliz de su vida.

Con un enorme vacío en el corazón, Eugenia salió de la clínica, y sola, se dirigió a la avenida de San Fernando. Tomó el tranvía jalado por mulitas con dirección a la colonia de los Arquitectos. Con la frente recargada contra el vidrio de la ventanilla, dejaba volar sus pensamientos.

¡Dios mío, cuánto dolor! No lo puedo creer. No puedo hacerme a la idea de que mi madre ya no esté con nosotros. Como dice el tío Luis, necesitaba descansar. Es verdad, luchó tanto en su vida. Todavía era demasiado joven. Se fue muy rápido. ¿Cómo les voy avisar a mis hermanos? Tengo que mandar un telegrama a Alfonso y a François a Madrid y otro a mis primos a París. También tengo que avisar al capitán Blanchot y al coronel Willette.

La tristeza de Eugenia era a tal punto evidente que su vecina de banca se preguntaba si el motivo de la congoja de aquella joven no se debía a que el novio la había abandonado antes de la boda. Otro de los pasajeros, más que juzgarla se conmovió, y desde su lugar le sonrió compasivo. La señorita Bazaine, de 31 años, estaba demasiado sumida en sus pensamientos para darse cuenta de que entre los viajeros había más de uno que sentía empatía por su dolor.

¡Cuántas historias me platicó mi mamá! ¿Ahora qué voy a hacer con ellas? ¿Con quién las voy a compartir? A la única que le importaba toda esa gente

era a ella. ¡Cuántos fantasmas habitaban en su mundo! Lo peor es que me los heredó nada más a mí solita. Me heredó sus amarguras y sus tragedias. Me contaba sus pesadillas, por eso hay noches que las paso en vela. Oigo voces. ¿Por qué no se las llevó? ¿Por qué me las dejó? ¿Por qué permito que me persigan? En el fondo mi mamá me daba mucha lástima porque ya nadie la escuchaba; ni mi papá ni mis hermanos le tenían la paciencia que yo siempre le tuve. Mi tía Cayetana era la única que le hacía caso. Desde que era niña siempre me dijo que yo era su confidente. A veces le decía: “Ay, mamá, no me cuentes esas cosas”, pero ella seguía habla y habla. Se me fueron los años escuchándola, por eso nunca me casé. ¿Quién me hubiera querido con tantos fantasmas? Mi mundo era el de mi madre.

Por más que trataba de ordenar sus pensamientos, Eugenia se sentía aturdida por el vaivén del tranvía y el número excesivo de pasajeros, muchos de los cuales hablaban al mismo tiempo y a gritos. De pronto, su mirada se detuvo en un aguador con su mandil de cuero y sus huaraches desgastados, que esperaba atravesar la calle en una esquina. Llevaba una gran olla colgada frente al vientre. Sus ojos se fijaron en el cántaro de barro del aguador. ¿Cómo podía cargar tanto peso? Esa imagen tan cotidiana la llevó muy lejos. “Cada quien lleva su cántaro a costas, unos pesan mucho y otros pesan más”, pensó.

La veo perfectamente. Tengo cinco años. Estamos juntas. Creo que era justo después de comer. Recuerdo que le pedí a mi madre que me llenara la regadera que me había obsequiado mi madrina, la emperatriz de Francia. Ella nos mandó como regalo, a mis hermanos y a mí, una caja llena de juguetes, entre los cuales había un columpio que nunca pudimos montar por las piedras que cubrían el piso. Me acuerdo que le pedí a mi mamá agua del mar para regar las fresas que el coronel acababa de plantar para mí. Entonces todos vivíamos en el Fuerte de Santa Margarita y no podíamos salir. Me acuerdo que desde la terraza del fuerte yo quería alcanzar el mar. Lo veía tan cerca... Creía que hasta lo podía tocar con mis manitas. Entonces me puse a llorar y le pedí a mi madre: “Maman, quiero agua del mar”. Me dijo que no porque las fresas no se riegan con agua salada. Insistí. El director de lo que llamaban la prison quiso mostrarse amable y propuso enviar a alguien al pie de las rocas del fuerte para llenar mi regadera. Recuerdo que el edecán de mi papá, un señor muy amable al que le decíamos colonel Willette, propuso bajar mi regaderita, por medio de una cuerda tendida a lo largo de la muralla, hasta las olas. “No seas necia,

niña, ¿para qué quieres esa agua? No molestes al coronel”, me decía mi mamá muy enojada. Lo que me contó después fue que, gracias a esa regadera, el coronel pudo medir la altura de la muralla del fuerte que era de 23 metros. ¡Qué aventura y qué hazaña! ¡Qué valiente era mi madre! No cualquier mujer se hubiera atrevido a ayudar a su marido a escapar de la cárcel. Por eso la gente envidiaba su audacia. Cómo la criticaron y cuántas cosas no decían: que si la mariscalita, que si gastaba mucho en sus toilettes para las fiestas imperiales, que si su vida de exiliada la había amargado; que si se había arruinado, que si iba a recuperar la compensación de 100 mil francos del Palacio de Buenavista, obsequio de los emperadores el día de su boda. Si todos esos chismosos hubieran sabido lo pobres que éramos en España. ¡Qué injusta puede ser la gente! Pero eso sí, cuando mi madre era la Mariscala y tenía poder, entonces todo el mundo la adulaba. La invitaban y se disputaban su amistad, tanto que cuando la emperatriz Carlota se fue a Europa, a mi madre la trataban como reina. En muy poco tiempo se convirtió en el emblema y en el orgullo de los afrancesados. La Maréchale par ici, la Maréchale par là... Pero después no nada más vino el rechazo sino el absoluto olvido. Cuando mi papá se refugió en Madrid ya nadie hablaba de la Mariscala, y mucho menos del Mariscal. ¡Qué México tan desmemoriado!

Tantos recuerdos abrumaban a Eugenia. Por si fuera poco, tenía que elegir el vestido que le había pedido la religiosa de la clínica. ¿Cómo pensar en algo tan trivial en esos momentos de infinita tristeza? Un vestido, un vestido, pero, ¿cuál? ¿Cuál podría quedarle, si al morir su madre pesaba no más de 45 kilos? Habría que hurgar en todos esos viejos baúles, entre las montañas de ropa: chales, manguitos, guantes, sombrillas, abrigos, capas, saquitos, chalecos y zapatos, decenas de pares de zapatos. Era tanta la ropa para toda ocasión de la cual la Mariscala nunca había querido deshacerse. Allí seguían conservados, entre bolitas de naftalina y papel de china, los vestidos de baile, los de la tarde, los de gala, los que acostumbraba usar para asistir a las tertulias de los lunes de la emperatriz Carlota, los que se ponía para el paseo y los del luto. Si algo le preocupaba a Pepita era su aspecto. En medio de su dolor y después de mucho esfuerzo, de pronto su hija se preguntó: “¿Dónde estará el vestido con el que conocí a mi padre?”. Ese era el más adecuado. Era como si se lo hubiera sugerido al oído la propia Mariscala. Lo atesoraba como una verdadera reliquia. Pero, ¿dónde diablos estaría ese atuendo conservado por más de 40 años? Su tarea no era fácil.

Eugenia ya no recordaba si era el de punto de seda azul con un corpiño del que pendían unos faldones de *surah* adornados con flecos de azahares, confeccionado para una de las *soirées*, o acaso era el de tul blanco que había comprado en el almacén de moda de *madame Léonce*, recién llegada de París e instalada en la calle de Refugio número 14.

El general Achille Bazaine y Pepita de la Peña se conocieron en una de las espléndidas fiestas que se solían ofrecer en el cuartel general de los franceses, es decir, en el Palacio de Buenavista. En aquella ocasión, se invitó a toda la corte imperial, a los oficiales de alto rango y a la *high society*, expresión que ya entonces se empleaba en las crónicas sociales. Era una recepción de bienvenida para sus majestades, Maximiliano y Carlota. Esa noche la emperatriz ostentaba sus mejores joyas. En su pecho llevaba la banda de la Orden de San Carlos sobre la cual se había prendido un imponente broche de brillantes; estrenaba, además, un aderezo de rubíes, esmeraldas y diamantes (con los colores de la bandera mexicana), varias pulseras de oro y una imponente diadema de amatistas. “Su Majestad está bellísima”, murmuraban todos a su paso.

Para esa fecha se rumoraba que Juárez había abandonado el país, lo cual no haría nunca. A finales de 1864, uno de los hijos de Benito Juárez, José, estaba muy enfermo de pulmonía en Nueva York. Entonces Estados Unidos se hallaba en plena guerra civil. Para no ausentarse de territorio mexicano, el presidente pidió a Matías Romero y a otros funcionarios que tomaran el tren para ir a ver a Margarita Maza. Llegaron demasiado tarde. El niño ya había muerto a pesar de los muchos cuidados de su madre, quien había intentado mantener la casa lo más caliente posible. Ese invierno había sido particularmente crudo, con temperaturas de 12 grados bajo cero. El yerno de Benito Juárez, Pedro Santacilia, se había visto obligado a quemar varios muebles para prender la chimenea. La madre se negó a llevar a cabo los funerales de su hijo en una ciudad extranjera; prefirió embalsamar el cuerpo del pequeño para llevarlo a Oaxaca, aun cuando las leyes sanitarias de Nueva York lo prohibían.

El balanceo del tranvía y el cansancio por la falta de horas de sueño hicieron que Eugenia cayera, unos instantes, en un sopor. A lo lejos y como si estuviera soñando, se escuchaba una conversación entre dos pasajeros. Por las ventanas se colaban algunas notas de un cilindro.

—No tiene vergüenza esta momia. Mira que quererse reelegir por quinta vez. Lástima que con el cambio del siglo el mundo no se hizo chicharrón.

—Te digo que el gobierno no tiene madre... Hacernos creer en elecciones limpias es como hacernos creer que somos unos pendejos.

—En este país todo sucede al revés, amigo. Los paniaguados cada vez son más ricos y el pobre pueblo está cada vez más hambreado. Pero eso sí, a Díaz se le ve muy catrín en el cinematógrafo a caballo por el Bosque de Chapultepec, y a la raspa se le ve toda harapienta.

—Harapienta y sin trabajo.

—Por eso la gente se está matando tanto, como la señorita que se aventó de las torres de Catedral porque decía que no servía para nada y que no quería estorbar.

—Todos esos suicidios de ahora dicen que son por culpa del cinematógrafo, por todas esas historias de amor malogrado que nada más te crean ilusiones...

—*Pos sí.*

De pronto, el tranvía frenó para esquivar a una mujer que atravesaba la calle con su mandado. En ese momento Eugenia abrió los ojos y miró a un señor de sombrero de copa que estaba leyendo un ejemplar del diario *La Patria*, propiedad de Ireneo Paz, cuyo encabezado decía: “Presidente de la República en el próximo cuatrienio constitucional el C. General Porfirio Díaz. Invicto y egregio en la lucha por la independencia, la libertad, la paz y el progreso de nuestra patria”. En esas fechas Díaz pretendía ser autocrítico al pronunciar las palabras siguientes: “Un viejo gobernante de 70 años no es lo que necesita una nación joven y briosa como México”. Algunos se preguntaban si lo decía con humor o con cinismo.

Luisa Eugenia Bazaine y Peña nació el 3 de septiembre de 1869 en Nancy, Francia. La única hija del matrimonio Bazaine llevaba el nombre de su madrina, la emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo. Desde muy niña fue internada en un colegio de monjas en Madrid. Eugenia era pequeña de estatura, tenía un rostro de pómulos pronunciados, cejas pobladas y bien dibujadas. El pelo le llegaba casi a la cintura. Más fina que su madre, contaba con su misma expresión de mujer de carácter; sin embargo, no tenía los hermosos rasgos indígenas de Pepita. Era evidente que también había heredado características de su ascendencia francesa, lo cual le daba un tipo distinguido. Dadas las azarosas circunstancias de la familia Bazaine, Eugenia arrastraba un aire de melancolía y resignación. Sus padres habían pasado por demasiados sinsabores.

Cuando la Mariscala y Eugenia desembarcaron en Veracruz, en 1886, la joven tenía 17 años. Después de 12 de exilio en Madrid hallaron otro país, el México del progreso. A la cabeza del gobierno ya no estaba Benito Juárez, sino Porfirio Díaz. México por fin había consolidado una estabilidad después de tantas guerras. El llamado “porfiriato” predicaba el orden y la paz. Para entonces ya se habían reanudado las relaciones diplomáticas con Inglaterra, se habían fundado varios bancos como el Banco Nacional Mexicano y el Banco Nacional de México, se habían construido 5,731 kilómetros de vías férreas y las líneas telegráficas abarcaban unos 3 mil kilómetros. Gracias a que México ya había pagado en parte su deuda externa, los europeos invertían en el país y las relaciones comerciales con Estados Unidos iban viento en popa. Antiguos juaristas como Matías Romero e Ignacio Mariscal, y hasta un imperialista, Manuel Dublán, formaban parte del gabinete de Porfirio Díaz, al lado de Manuel Romero Rubio —suegro del presidente y exlerdista— y Justo Sierra, entre otros. Aunque Díaz cambiaba constantemente a los miembros de su gabinete había cierta estabilidad.

En esa época la Ciudad de México, de unos 250 mil habitantes, estaba en plena transformación. Se construían bulevares y avenidas a cargo de arquitectos e ingenieros franceses y austriacos. Entre El Caballito y la glorieta de La Palma, el elegante Paseo de la Reforma —antiguo Paseo de la Emperatriz, mandado construir por Maximiliano— ya contaba con camellones peatonales y arboledas. Recién se había inaugurado la avenida de Los Insurgentes para formar la unión con el Paseo de la Reforma. Muy pronto se estrenarían los monumentos a Cuauhtémoc y a Cristóbal Colón. Unos años después, el escritor Francisco Sosa, en su columna del diario del partido liberal, propondría sustituir las estatuas de los dioses griegos erguidos en sus pedestales por los héroes de la Reforma.

Cuando madre e hija se instalaron en su casa en la colonia Arquitectos, vieron cómo se estaban desarrollando las zonas residenciales aledañas, que se convertirían en las más exclusivas de la capital, como la Condesa, la Roma, la Cuauhtémoc y la Americana. “Mamá, mira cómo ha cambiado la ciudad. ¡Se parece a París!”, exclamaba Eugenia en tanto la calesa bajaba por el Paseo de la Reforma. El impulso por embellecerla a como diera lugar habría de incrementarse, ya que los festejos del Centenario de la Independencia estaban a la vuelta del siglo. Para celebrar ese año tan importante, 1910, el presidente Porfirio Díaz había dado la orden de ensanchar las calzadas centrales, reducir los andadores, terminar el tramo

entre la glorieta de la Palma y el cerro de Chapultepec, creando además calles laterales de dos carriles de unos seis metros de ancho, sin olvidar la construcción del Hemiciclo a Juárez en la Alameda Central. El presidente no quería perder el tiempo, quería lucirse frente a todo el mundo con esa celebración y mostrar que México se modernizaba guiado por un gran estadista.

Eran cerca de las 11 de la mañana cuando Eugenia bajó del tranvía en la estación del Zócalo. A paso apresurado caminó cinco cuadras hasta llegar a su casa. La sintió helada, fría como la muerte. Estaba oscura. Justa había cerrado todas las persianas de los balcones. Eugenia abrió las de la sala. De pronto, su imagen se multiplicó en los cuatro grandes espejos de marcos dorados y marialuisas de felpa que colgaban de las paredes. Eran varias Eugenias las que se reflejaban: Eugenia la triste; Eugenia la huérfana; Eugenia la solterona; Eugenia la hija abnegada, y Eugenia la desconsolada. Se hubiera dicho que los muebles estilo Napoleón III, cubiertos de brocado color vino, también estaban tristes. Cuántas veces los debió haber acariciado Pepita; cuántas veces debió lustrarlos personalmente y cuántas veces recibió, orgullosa de su mobiliario, a las damas de la corte de la emperatriz Carlota. Sentada en el sillón preferido de su madre, Eugenia la volvió a invocar: “Mamá, ¿por qué te fuiste tan pronto y me dejaste así de sola?”. Enseguida se cubrió la cara con su pañuelo bordado. Todo, todo lo que estaba allí le recordaba a su madre: la consola, los jarrones de mármol blanco, los cuatro grandes tibores chinos, el biombo también chino en forma de abanico, la caja de porcelana de Sajonia donde su madre guardaba los chocolates para las visitas y los numerosos retratos al óleo de algunos de sus antepasados. Su nana irrumpió de repente en la sala. Era la hija de la nodriza que había acompañado a Pepita al altar. La misma que le había aconsejado no llevar en su boda aquel collar de tres hilos de perlas, porque según decía: “las perlas son lágrimas”.

“¿Ya murió verdad niña?”, le preguntó Justa con la cabeza cubierta con un rebozo. Eugenia asintió. Las dos se miraron y se dieron un cálido abrazo. “¿Te traigo un tecito de azahar, niña?”. “No, Justa. Ahorita no necesito nada. Quiero estar sola”.

Más tarde, Eugenia se dirigió a la recámara de su madre. Era la habitación más recargada de muebles y pinturas de toda la casa. Había dos camas gemelas, en una de las cuales estaba recostada una muñeca de porcelana,

con los ojos azules bien abiertos; había también un armario imponente, dos mesitas de noche, una cómoda con su luna, en donde de nuevo Eugenia se descubrió ojerosa y particularmente pálida. En una pared colgaba un gran Cristo de marfil y en la de enfrente una pintura de la Virgen de Guadalupe enmarcada también en marfil. Además había un Niño Jesús cubierto con un fanal de cristal, muy cerquita de una virgen de talla sobre una base de mármol con su propio capelo. En su *boudoir* se encontraba un tocador con espejo, y sobre él su juego de cepillos y peines de marfil y plata con sus iniciales JB, y una colección de cajas de todos tamaños, de plata. El olor que se respiraba en esa recámara era inconfundible. Era el de Pepita, el de la fragancia que había llevado siempre, compuesta de notas de madera, lavanda, iris y heno recién cortado. Se trataba del perfume de Guerlain que había causado sensación en Francia por su aroma exótico, con el nombre de *Jicky*, que su primo Federico le había obsequiado. Eugenia de nuevo rompió en llanto, invadida por la presencia de su madre que se negaba a desaparecer. En un arrebato infantil abrió la puerta con luna del armario, tomó la bata color ámbar de Pepita y se arropó con ella. Envuelta así, se dejó caer en la cama, se hizo un ovillo y de nuevo buscó su olor en las almohadas. Estaban tan unidas que la vida sin ella le parecía insostenible.

“¡El vestido!”, exclamó de repente, al acordarse de la encomienda que le había hecho la madre Espíritu Santo de la clínica. Se incorporó de un brinco, se ciñó el cinturón de la bata y se encaminó al sótano. Como si tuviera mucha prisa descendió los tres grandes escalones. Prendió la luz. Todo olía a humedad.

El sótano era enorme. Había muchos muebles viejos heredados de su abuela, doña Josefa Azcárate: cuadros, caballitos de madera que habían utilizado sus hermanos, muchos velices, cajas para sombreros. Había también hormas de zapatos, carriolas, una vieja máquina de coser, un maniquí de mimbre, varias sillas austriacas vencidas, una bicicleta de rueda alta, raquetas de tenis, botas y demás objetos acumulados a lo largo de los 14 años que llevaban viviendo en esa casa.

La torre de baúles se encontraba hasta el fondo del sótano. Los había de todos tamaños, con sellos de los lugares en los que habían estado: París, Biarritz, Ginebra, Génova y Madrid.

“¿Por cuál empezar?”, se preguntó Eugenia, en tanto intentaba remover los baúles con mucho esfuerzo. Parecían inamovibles; contenían no solo ropa, sino objetos, fotos, condecoraciones y periódicos. En uno se hallaba una colección de muñecas de porcelana que había heredado de

su abuela, cada una envuelta en un lienzo de lino; dos de ellas sin ojos y sin peluca pero con una cara hermosísima. Muchas eran alemanas; otra era muy especial por ser de cuerda. Decidió abrir el baúl más grande; con trabajo destapó la cubierta. Se sentó en una sillita de mimbre que andaba por allí y empezó a hurgar en él. Lo primero que sacó fue un miriñaque compuesto por una trama de crin de caballo y una urdimbre de algodón. Se trataba de una estructura rígida muy en boga para mantener la anchura de las faldas a mediados del siglo anterior. Luego sacó dos corsés, cuatro crinolinas y dos máscaras de Venecia.

¿Dónde estará? ¿Dónde habrá quedado ese vestido del que tanto me hablaba, ese que llevaba puesto el día que conoció a mi papá? ¿Qué barbaridad, cuántos vestidos! ¿Por qué tenía tanta ropa? Claro, se trataba de la Mariscala. ¿Cómo la consentía mi papá! A todo el mundo le platicaba que llegaban los arcones de París cargados de atuendos junto con los zapatos que combinaban a la perfección, los guantes de cabritilla, los sombreros de pluma y los pañuelos que se mandaban bordar a Brujas. Vestidos para “el paseo”, para “la corte”, para “la sociedad”, para “el viaje”. ¿Dónde estará? ¿Se lo habrá regalado a la esposa del coronel Willette en agradecimiento por lo que hizo por nosotros? A lo mejor desapareció en la mudanza de Madrid. No. Tiene que estar por allí... Ah, creo que es este.

“¡Aquí está!”, gritó Eugenia con todo su corazón extendiéndolo frente a ella.

El vestido de tul blanco estaba todo arrugado pero conservaba su vuelo y la caída de la tela seguía siendo magnífica. Fue tal su emoción que lo abrazó. Estornudó con el olor de la naftalina.

—Nana, nana, plánchame por favor este vestido. Lo tengo que llevar a la clínica cuanto antes —ordenó Eugenia a Justa con voz grave, en tanto entraba a la cocina a buscarla.

—¿Y los zapatos, niña? —preguntó Justa con buen juicio.

—Claro. Necesito llevar también los zapatos. Bajo corriendo al sótano para buscarlos, mientras tú planchas el vestido.

Eugenia se sentía agotada. Llorar siempre le representaba un esfuerzo físico descomunal. Se sentía aniquilada. La muerte de su madre la había drenado por completo. Haciendo un esfuerzo enorme bajó otra vez los tres escalones que llevaban al sótano. Prendió la luz. Caminó hasta el fondo y se sentó en la misma sillita de mimbre, frente al mismo baúl y con el

mismo desconsuelo. Metió las manos en aquella masa de ropa impregnada de nostalgia y de gloria pasada.

—¡Ay! Me picó algo —chilló Eugenia.

Vio la yema de su dedo anular y descubrió el piquete de una araña que se había introducido en el baúl por una finísima ranura. “¿Cuántas generaciones de arañas habrán vivido dentro de ese cofre y de todos los otros? ¿Habría dentro otro tipo de alimañas?”. Eugenia no tenía tiempo ni cabeza en esos momentos para formularse tantas preguntas inútiles.

Buscando los zapatos hasta el fondo, sus manos se toparon con un paquete. ¿Qué era? ¿Qué contenía? ¿Por qué estaba tan bien envuelto con un listón de color púrpura? Lo sopesó unos segundos. Lo abrió. Cuál no sería su sorpresa al encontrar decenas de sobres de papel de arroz, con el monograma AB en tinta azul marino. Picada de curiosidad y olvidándose del vestido, Eugenia se reacomodó en el respaldo de la silla. Puso el paquete sobre su regazo. Su corazón latía fuerte. “¿Las leo o no las leo?”, se preguntó. De pronto tuvo la sensación de estar haciendo algo indebido. Tomó el paquete y lo puso de nuevo en el baúl. Le daba horror enterarse de algo que la hubiera podido hacer sufrir aún más.

¿De quién serán todas estas cartas? Que yo recuerde, mi mamá nunca me habló de ellas. Por el color del listón y por lo bien conservadas que están, seguro son de amor. ¿Cuánto tiempo las habrá ocultado? El monograma es clarísimo, dice “AB” de Achille Bazaine. No pueden ser de nadie más.

Siguió buscando con cierto temor de que sus dedos se encontraran con otra araña. Finalmente y en medio de muchos otros pares de zapatos, los halló. Eran minúsculos. Forrados de seda blanca, con una rosa del mismo tul del vestido. Se veían tan marchitos. En ese instante sintió una profunda compasión por la Mariscala. Tanto y tanto esfuerzo, ¿para qué? Tanta entrega y sacrificio ¿para qué? Tanta avidez de notoriedad, ¿para qué? Los apretó contra su pecho e imaginó a su madre a los 17 años casándose con un hombre que le llevaba 37. “Mi destino fue tener esos padres tan singulares”, pensó apesadumbrada. Estaba a punto de cerrar el baúl cuando se percató de que la tapa no cerraba del todo. Algo se lo impedía. Lo reabrió, apretujó los vestidos en desorden, y entre dos crinolinas encontró un álbum de terciopelo granate con remaches de plata. Leyó el nombre de Josefa con letras doradas en la cubierta. Lo hojeó y halló en sus páginas tarjetas de visita, fotografías, invitaciones, flores

marchitas, pedazos de listón y recortes de revistas para la mujer como *La Mode Illustrée*.

Con el vestido planchado en una bolsa y los zapatos en una cajita, Eugenia tomó esta vez y por las prisas una calesa. “Vamos a Tlalpan, a la calle Guadalupe Victoria 98, por favor”, le murmuró al cochero. Durante el trayecto, la señorita Bazaine observaba las calles por las que pasaba en los barrios de San Cosme, Mixcoac, San Ángel y Tlalpan. A pesar de los gritos de los pregoneros, del ir y venir de la gente y de los tranvías, Eugenia no se consolaba.

Cuando llegó a la clínica eran cerca de las cinco de la tarde. Como si fuera la protagonista de un mal sueño, se dirigió a paso lento hacia la habitación de su madre. Estaba a oscuras con las celosías cerradas. Su cuerpo aún yacía tendido sobre la cama. Una sábana cubría su rostro. Su hija se arrodilló, se cubrió el suyo con las manos y se puso a rezar. Estaba a punto de terminar un padrenuestro cuando se abrió la puerta de un tirón. Era Cayetana Rul, vestida de riguroso negro, la prima de Pepita por el lado materno y su amiga más cercana desde que ambas eran niñas. Al mirarse, Eugenia y ella se dieron un cálido y cariñoso abrazo.

“Dime que no es cierto, que no es verdad que ya murió. ¿Por qué no me avisaste antes? A mí me llamó por teléfono mi primo Federico. Se oía devastado. Apenas estuve con ella el viernes. Estaba muy cansada, no podía ni hablar. Incluso no me reconoció. ¿Ya avisaste a tu hermano? ¿Dónde la van a sepultar? Espero que en la capilla de la familia Azcárate. Pobrecita, sus últimos tres meses de vida fueron terribles. ¿Ya vino el padre Gorozpe?”

Eugenia no podía contestar tantas preguntas a la vez. Se limitaba a asentir y a guardar silencio. Además, le urgía ver a la hermana Espíritu Santo para entregarle la ropa. Había tanto que hacer todavía: avisarle a sus familiares y amistades, ver lo del novenario, lo del velorio en Gayosso, lo de los gastos del hospital, escribirle a su madrina Eugenia a Biarritz, y a Carlota, la exemperatriz de México, al castillo de Bouchot en donde se encontraba reclusa, mandarle un telegrama al coronel Agustín Willette, sin olvidar enviarle una misiva anunciándole la hora del sepelio a la primera dama, doña Carmelita Romero Rubio de Díaz.

Una mañana, Justa le anunció a Eugenia que en el vestíbulo la esperaba una señora. Habían pasado dos semanas desde el sepelio de Pepita,

durante las cuales Eugenia había dudado mucho entre leer y no leer las cartas de amor de sus padres. Se vistió de inmediato con su vestido negro, se polveó un poco la nariz y bajó a la sala. La aguardaba una mujer de unos 60 años, con el pelo muy cano. Llevaba un traje escocés gris y un sombrero de fieltro negro.

—Buenos días. Soy Sofía Caldelas, fui al colegio con tu mamá. Ella era de la generación de mi hermana Matilde. Me enteré por el periódico de su muerte, y hasta ahora pude dar contigo. Obtuve tu dirección gracias a Cayetana Rul.

—Mucho gusto Sofía. Yo soy Eugenia. Toma asiento por favor. Caldelas, claro. Mi mamá me platicaba mucho de Emilia Caldelas. Me contaba todo lo que hizo por sus hijas y que a fuerza las quería casar con un francés.

—Cuatro de mis hermanas se casaron efectivamente con franceses. María de los Ángeles murió. Y mi hermana Lucía y yo nunca nos casamos.

—¿Querías mucho a mi mamá?

—Pensábamos muy distinto, pero sí era una mujer que sobresalió en su época. Era la Mariscala. Además, en su momento, la admiré mucho por todo lo que hizo por tu papá.

—Sí, era muy valiente...

—¡Cuánto debe haber sufrido tu mamá!

—Así es, Sofía. El desprestigio, la falta de recursos, su dolorosa enfermedad, hasta su muerte. No sé si sabes que tuve dos hermanos mayores. Los dos militares. Mis hermanos Francisco y Alfonso se quedaron en España, donde vivíamos desde la huida.

—Claro, no podían regresar ni a México ni a Francia. En fin, lo siento de verdad. Solo vine a ofrecerte mi más sincero pésame, Eugenia. Ya no te molesto más.

—No es molestia, Sofía. Te agradezco tu visita y tus condolencias.

Un mes y medio después del entierro de la Mariscala, Benito Juárez Maza, el único hijo sobreviviente del presidente Juárez, leía el diario como cada mañana, enfundado en su bata de brocado rojo, cuya bolsa lateral estaba bordada con sus iniciales. Sus gustos sofisticados, caros, no tenían nada que ver con el estilo austero de su padre. De pronto le llamó la atención en el *The Mexican Herald* del 19 de febrero de 1900, un artículo titulado *Madame Bazaine*, firmado por la duquesa de Belimer, cuya columna trataba de dimes y diretes:

La muerte en México de la viuda del mariscal Bazaine, quien rindiera la plaza de su ejército ante Alemania en la guerra, en Metz, en 1870, nos recuerda que la tragedia misteriosa que rodea la muerte de la primera señora Bazaine está relacionada con la segunda. La finada era una de las mujeres más fascinantes de las bellezas que rodeaban a la emperatriz Eugenia. Cuando su marido fue nombrado comandante en jefe de las tropas francesas en México, se le confió la esperanzada tarea de mantener al emperador Maximiliano asentado en su trono; ella (Marie) se quedó en París y tomó ventaja de la ausencia de su esposo para comportarse indebidamente y de la manera más flagrante. Sus escapadas la llevaron a frecuentar a gente poco recomendable.

Una mañana en el verano de 1864, su cadáver fue descubierto en una residencia vacía en Croissy, uno de los suburbios de París. La adorable cabeza de la víctima (Marie) había sido severamente herida y su cuello degollado. Las investigaciones revelaron que las circunstancias del crimen merecían que el gobierno hiciera todos los esfuerzos posibles para mantener el asunto fuera del alcance del público y el hecho fue descrito como un suicidio. Las noticias que surgían en un tiempo increíblemente corto revelaban los detalles escabrosos de los hechos. Bazaine estaba profundamente enamorado de Marie y su devoción hacia ella, tanto como su confianza ciega en su virtud, eran bien conocidos en el Palacio de las Tullerías. Por razones tanto personales como públicas, Napoleón III estaba determinado a cualquier costo a manipular las noticias. Según su *aide de camp*, el marqués de Gallifet (hoy ministro de guerra en París), en México fue instruido por medio de una larga carta del puño y letra de Napoleón, de cómo anunciarle al general la muerte de *madame* Bazaine. Al mismo tiempo el emperador adoptaba la medida extraordinaria para que no llegara ninguna carta dirigida a Bazaine, en ningún barco.

Desgraciadamente la nave fue retrasada por el mal tiempo y entonces la carta llegó una semana después de lo que debió de haber llegado a manos de Gallifet en el cuartel general francés. El general parecía abatido y con el corazón roto cuando se enteró de la noticia de la muerte de Marie Bazaine. Lo peor vino unas horas después, cuando en México halló un recorte de periódico, que había llegado vía Estados Unidos y cuyo título decía: "*Assassinat de la générale Bazaine*". No se omitía ningún detalle sobre el asesinato. Bazaine nunca creyó una sola palabra de todo esto, pero su rostro de costumbre rozagante, se volvió fantasmagórico, se refugió en la tienda de campaña en donde se encerró con el periódico. Durante tres días permaneció aislado de todos, negándose a beber o a comer. Al cuarto día retomó el mando de las tropas y se dirigió a sus hombres sin mencionar una sola palabra de su esposa asesinada. Era como si nunca hubiera existido. Tres meses después conoció a una

bella mexicana, con la que se casó en México, antes de terminar el año. El emperador Maximiliano y la ahora enloquecida emperatriz Carlota fueron testigos de la ceremonia. Al cabo de la cual, el emperador mexicano otorgó el prestigiado Palacio de Buenavista al general y a su novia. La segunda *madame* Bazaine regresó a Francia con su marido cuando llegó el momento. No es necesario referirnos aquí a la misteriosa capitulación de Metz, hasta ahora poco clara; tampoco se entiende el juicio que se siguió en contra de Bazaine a cargo de una corte marcial que lo sentenció en primera instancia a la pena de muerte por traidor, conmutando después su sentencia a cadena perpetua en la isla donde está el Fuerte de Santa Margarita. La señora Bazaine jugó un rol romántico e importante en la extraordinaria huida de la prisión del mariscal, y de su subsecuente exilio en España, en donde murió diez o quince años después. Dejó un hijo que hoy tiene rango de coronel en el ejército español y que se distinguió en Cuba en la batalla que entabló en contra de los insurgentes y que precedió a la guerra [*sic*]. También había una hija nacida de esta segunda unión de Bazaine. Hasta hoy permanece soltera habiendo rechazado todas las ofertas de matrimonio que se le han hecho, con el fin de no dejar a su madre que recién expiró a la edad de 53 años con la firme convicción, hasta el final, como mucha gente en Europa e incluso en Francia, de que la capitulación del mariscal en Metz no era por pura traición, sino debido a la creencia de que existía un acuerdo con Alemania, conforme al cual su ejército ya liberado sería usado para restaurar el trono de Napoleón, es decir, el soberano a quien Bazaine le debía todo.

Después de leer lo anterior, el heredero poco agraciado de la familia Juárez recortó el artículo, lo metió en un sobre con sus dedos regordetes y lo rotuló con una escritura que no era la suya para hacerla anónima: *Señorita Eugenia Bazaine de la Peña*.